

es para que tú, con actividad infernal, trabajes sin descanso en desbaratarla?

EL CONDE.—Respeto, oh Príncipe, el dolor que os hace injusto.

CARLOS.—¡Dios mío, Dios mío! ¡Librame de esta sospecha!

EL CONDE.—Recuerdo también ahora las palabras que pronunciaba el Rey al entrar yo: «¡Cuánto os agradezco la noticia que me traéis!»

CARLOS.—¡Callad, callad!

EL CONDE.—El Duque de Alba ha perdido el favor de S. M...; se ha despojado del sello real al Príncipe Ruy-Gómez, y se encomienda al Marqués...

CARLOS. (Absorbido en sus cavilaciones.)—¿Y nada me dijo? ¿Por qué no me lo declaró?

EL CONDE.—Toda la Corte lo mira ya como á ministro todopoderoso; como á favorito absoluto...

CARLOS.—Me ha amado, me ha amado mucho. Me quería como á las niñas de sus ojos. Bien lo sé... me lo ha demostrado con pruebas innumerables. Sin embargo, ¿no han de serle más caros que uno solo millones de hombres y su patria? Su corazón es demasiado grande para un amigo único, y la dicha de Carlos harto insignificante para su amistad. Me ha sacrificado en aras de su virtud. ¿Me es lícito censurarlo?... ¡Si, es cierto! ¡Ahora es cierto! ¡Ahora ya lo he perdido. (Se va aparte, y se cubre el rostro.)

EL CONDE. (Después de una pausa.)—Príncipe bendadoso, ¿qué puedo hacer en obsequio de V. A?

CARLOS. (Sin mirarlo.)—Presentaros al Rey, y hacerme también traición. Nada tengo que dar.

EL CONDE.—¿Os proponéis esperar lo que ha de suceder?

CARLOS.—(Que se apoya en la barandilla y mira fijamente al suelo.)—¡Lo he perdido! ¡Oh! ¡Ahora sé que me ha abandonado para siempre!

EL CONDE. (Que se acerca á él con visible interés.)—¿Y no pensáis en salvaros?

CARLOS.—¿En salvarme? ¡Excelente hombre!

EL CONDE.—¿Y no hay nadie... nadie por quien no debáis temblar tampoco?

CARLOS. (Con exaltación.)—¡Dios mío! ¿Por qué me lo recordáis?... ¡Mi madre! ¡La carta que yo le entregué!... Y no quería dejársela, y al cabo se la di. (Se pasea muy conmovido, retorciéndose las manos.) ¿Por qué ha de ser tratada así por él? ¡A ella debiera haberla eximido de este peligro! ¿No es verdad, Conde de Lerma? (De repente, con resolución.) Menester es que yo la vea... y advertirla, y prepararla... ¡Conde, querido Conde! ¿De quién me valgo? No hay nadie que lo haga. ¡Loado sea Dios! Ni un amigo... ¡y no hay tiempo que perder! (Vase.)

EL CONDE. (Que lo sigue y lo llama.)—Príncipe, ¿adónde vais? (Vase.)

ESCENA XIV.

LA REINA, EL DUQUE DE ALBA Y EL PADRE DOMINGO.

EL DUQUE.—Si nos es permitido, oh gran Reina...

LA REINA.—¿En qué puedo servirlos?

EL PADRE DOMINGO.—Nuestro honrado afecto á la augusta persona de V. M. no nos consiente callar un hecho que amenaza á vuestra seguridad.

EL DUQUE.—Nuestro objeto, al apresurarnos de este modo, es desbaratar con un aviso oportuno una trama urdida contra V. M.

EL PADRE DOMINGO.—Y ofrecer á los pies de V. M... nuestro celo y nuestros servicios.

LA REINA. (Mirándolos sorprendida.)— Ambos me dejáis atónita, oh padre reverendo y noble Duque. No esperaba, en verdad, tanta abnegación por parte del Padre Domingo y del Duque de Alba. Sé cómo debo apreciarla... Habláis de una trama que me amenaza. ¿Puedo averiguar quién...?

EL DUQUE.— Suplicamos á V. M. que se guarde de cierto Marqués de Posa, encargado de los negocios reservados de S. M. el Rey.

LA REINA.— Veo con placer que el Rey ha hecho tan buena elección. Ha tiempo que oigo hablar del Marqués como de hombre recto y de gran capacidad intelectual. Nunca el favor del Monarca fué tan merecido.

EL PADRE DOMINGO.— ¿Tan merecido? Mejor nos consta á nosotros.

EL DUQUE.— Mucho tiempo hace ya que se sabe perfectamente en lo que se ocupa ese personaje.

LA REINA.— ¿Cómo? ¿Qué podrá ser? Excitáis en sumo grado mi curiosidad.

EL PADRE DOMINGO.— ¿Ha ya muchos días que V. M. no examina su secreter?...

LA REINA.— ¿Qué decís?

EL PADRE DOMINGO.—... y que no echa V. M. de menos ningún objeto precioso?

LA REINA.— ¿Qué oigo? ¿Sabe ya toda la Corte que me falta algo? ¿Pero el Marqués de Posa?... ¿Qué relación tiene con esto el Marqués de Posa?

EL DUQUE.— Muy estrecha, señora... porque faltan también al Príncipe papeles importantes, que se han visto esta mañana en manos del Rey... cuando ese caballero estuvo en audiencia secreta con S. M.

LA REINA. (Después de reflexionar un momento.)— Es singular ¡vive Dios! singular hasta el extremo... Encuentro aquí un enemigo, en el cual ni soñar pudiera, y en cambio dos amigos, que jamás pensé que lo fueran... Porque con toda

sinceridad (Mirándolos con intención.) debo confesar que ya estaba yo inclinada á perdonaros el flaco servicio... que me habéis hecho con S. M. el Rey.

EL DUQUE.— ¿Nosotros?

LA REINA.— ¡Vosotros!

EL PADRE DOMINGO.— ¿Nosotros, Duque de Alba?

LA REINA. (Mirándolos siempre lo mismo.)— ¡Cuánto me place haber advertido á tiempo mi ligereza!... Porque casi había resuelto rogar hoy á S. M. que hiciese comparecer á mi presencia á mis acusadores. Ahora, tanto mejor. Así puedo apelar al testimonio del Duque de Alba.

EL DUQUE.— ¿A mi testimonio? ¿Lo dice V. M. formalmente?

LA REINA.— Por qué no?

EL PADRE DOMINGO.— Renunciar así á todos los leales servicios que pudiéramos prestar en secreto...

LA REINA.— ¿En secreto? (Con orgullo y solemnidad.) Quisiera yo saber cuáles son los secretos, ocultos á su esposo, que comparte con vos, oh Duque de Alba, ó con vos, reverendo Padre, la esposa de vuestro Rey... ¿Soy inocente ó culpable?

EL PADRE DOMINGO.— ¿Qué pregunta?

EL DUQUE.— ¿Y si el Rey no fuera justo? ¿Y si, por lo menos, no lo fuese ahora?

LA REINA.— Entonces debo tener paciencia hasta que lo sea... ¡Dichoso quien sólo ha de ganar, cuando llegue ese momento! (Los saluda y se va, y ellos desaparecen por otro ado.)

ESCENA XV.

Habitación de la Princesa de Éboli.

LA PRINCESA, y poco después CARLOS.

LA PRINCESA.—¡Es cierta, pues, esa nueva extraña, que preocupa ya á toda la Corte?

CARLOS. (Al entrar.)—¡No os asustéis, Princesa! Seré inofensivo como un niño.¡

LA PRINCESA.—¡Príncipe!... Esta sorpresa...

CARLOS.—¿Os consideráis ultrajada todavía?

LA PRINCESA.—¡Príncipe!

CARLOS. (Instándole.)—¿Estáis resentida? Decídmelo, os lo ruego.

LA PRINCESA.—¿Qué pretendéis? Parece que olvidáis, oh Príncipe... ¿Qué os proponéis ahora?

CARLOS. (Estrechando su mano con ardor.)—¿Será eterno tu odio, joven?... ¿Jamás perdonará el amor ofendido?

LA PRINCESA. (Queriendo retirar su mano.)—¿Qué me recordáis, Príncipe?

CARLOS.—Tu bondad y mi ingratitud... ¡Ah! Bien lo sé. Te he injuriado gravemente, he desgarrado tu corazón, he hecho llorar á tus ojos divinos... ¡Ay de mí! Y no vengo ahora á expresar mi arrepentimiento.

LA PRINCESA.—Dejadme, Príncipe... yo...

CARLOS.—He venido, porque eres para mí una doncella cándida, porque conozco la bondad y la sencillez de tu alma. Mira; no tengo ya otro amigo en este mundo que tú. Fuiste un tiempo tan buena para mí... Tú no odiarás eternamente, ni seré implacable.

LA PRINCESA. (Volviendo el rostro.)—¡Oh, callad! ¡Nada más, por Dios, oh Príncipe!

CARLOS.—Déjame recordarte esos días felices... los de tu amor á mí, los de tu amor, á los cuales correspondí tan indignamente. Deja que haga yo valer ahora lo que he sido para tí; lo que me habían dado tus sueños de amor... Sólo una vez no más... sólo una vez mirame ante tu alma como yo era entonces para tí, y sacrifica á ese fantasma lo que ya nunca podré sacrificar á mi mismo.

LA PRINCESA.—¡Oh Carlos! ¡Cuán cruelmente os burláis de mí!

CARLOS.—¡Sé más grande que todo tu sexo; olvida las ofensas! Haz lo que ninguna otra mujer ha hecho... lo que ninguna otra hará jamás. ¿Te pido algo extraordinario? Deja que yo... ¡de rodillas te lo suplico!... haz que yo pueda hablar sólo dos palabras á mi madre. (Arrojándose a sus pies.)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS Y EL MARQUÉS DE POSA, que entra de repente, acompañado de dos oficiales de Guardias de Corps.

EL MARQUÉS. (Sin aliento, interponiéndose entre ambos.)—¿Qué ha confesado? No lo creáis.

CARLOS. (De rodillas todavía, y alzando la voz.)—Por lo más sagrado del mundo...

EL MARQUÉS. (Interrumpiéndolo con violencia.)—Delira. No deis crédito á un insensato.

CARLOS. (En voz más alta, y con un tono más suplicante.)—Es asunto de vida ó muerte. Llevadme á verla.

EL MARQUÉS. (Separándolo á la fuerza de la Princesa.)—¡Mori-

réis por mi mano, si lo escucháis! (A uno de los oficiales.) ¡Fonde de Córdoba, en nombre del Rey!... (Mostrando la orden de arresto.) El Príncipe es prisionero vuestro. (Carlos se queda inmóvil, como herido del rayo. La Princesa da un grito de horror é intenta huir; los oficiales parecen sorprendidos. Larga y profunda pausa. El Marqués tiembla sin poderse dominar; al Príncipe.) ¡Vuestra espada!... ¡Princesa de Éboli, quedaos aquí! (Al oficial.) Me responderéis con vuestra cabeza de que el Príncipe no hable á nadie... ni á vos mismo. (Dice algo al oficial en voz baja, y después se vuelve á los demás.) Voy en persona á arrojarme á los pies del Rey, y á darle cuenta... (A Carlos.) y también á V. A... Esperadme, oh Príncipe, dentro de una hora. (Carlos se deja llevar maquinalmente. Sólo al pasar mira al Marqués con ojos apagados y lánguidos; el Marqués se oculta el rostro. La Princesa intenta huir de nuevo, pero el Marqués la sujeta por el brazo.)

ESCENA XVII.

LA PRINCESA DE ÉBOLI y EL MARQUÉS DE POSA.

LA PRINCESA.—¡Por todos los santos del cielo! ¡Dejadme que me vaya!

EL MARQUÉS. (Con aire solemne y terrible.)—¿Qué te ha dicho, desdichada?...

LA PRINCESA.—Nada... dejadme... nada.

EL MARQUÉS. (Deteniéndola á la fuerza.)—¿Qué has sabido? No hay ahora medio de escapar. A nadie en el mundo lo contarás.

LA PRINCESA. (Mirándolo horrorizada.)—¡Gran Dios! ¿Qué pensáis hacer conmigo? No me querréis matar.

EL MARQUÉS. (Sacando un puñal.)—En efecto, es en lo que más piense. ¡Acaba!

LA PRINCESA.—¿A mí? ¿A mí? ¡Misericordia divina! ¿Qué delito he cometido?

EL MARQUÉS. (Mirando al cielo, y poniendo en su pecho el puñal.)—¡Todavía es tiempo! El veneno no ha brotado aún de esos labios. Rompo el vaso, y todo se queda como antes... ¡El destino de España y la vida de una mujer! (Permanece en esta actitud, como si dudara.)

LA PRINCESA. (Cayendo á sus pies, y mirándolo fijamente.)—¡Sea, pues! ¿Por qué vaciláis? No pido perdón... ¡No! Me rezco y quiero morir.

EL MARQUÉS. (Dejando caer la mano poco á poco, después de reflexionar un momento.)—Esto sería tan cobarde como bárbaro... ¡No, no! ¡Loado sea Dios! Hay otro medio. (Deja caer el puñal, y se va corriendo; la Princesa sale huyendo por otra puerta.)

ESCENA XVIII.

Un aposento de la Reina.

LA REINA y LA CONDESA DE FUENTES.

LA REINA (A la Condesa de Fuentes.)—¡Qué tumulto en el Palacio! Todo ruido, oh Condesa, me asusta hoy. Andad, pues, á informaros, y decidme qué significa esto: (Al salir la Condesa, entra precipitadamente la Princesa de Éboli.)

ESCENA XIX.

LA REINA Y LA PRINCESA DE ÉBOLI.

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Cayendo á los pies de la Reina, pálida, sin poder respirar, y desfigurada.)—¡Socorro, señora! ¡Está preso!

LA REINA.—¿Quién?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—El Marqués de Posa lo ha preso de orden del Rey.

LA REINA.—Pero ¿á quién? ¿á quién?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Al Príncipe.

LA REINA.—¿Estás loca?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Ahora mismo se lo han llevado.

LA REINA.—¿Y quién lo ha preso?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—El Marqués de Posa.

LA REINA.—Entonces ¡loado sea Dios! es el Marqués de Posa quien lo ha preso.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¿Y lo decís, señora, tan tranquila? ¿con tanta frialdad? ¡Oh Dios! No adivináis... No sabéis...

LA REINA.—¿Por qué lo han preso?... Presumo que por una falta, muy de acuerdo con el carácter impetuoso del Príncipe.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡No, no!... Yo lo sé mejor... No... ¡Oh señora!... ¡Acción odiosa é infernal!... ¡No hay salvación para él!... ¡Morirá!

LA REINA.—¿Que morirá?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Y yo soy la causa de su muerte.

LA REINA.—¿Que morirá? Insensata, ¿en qué piensas?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Y el motivo... el motivo de su

muerte... ¡Oh! Si yo lo hubiese sabido... ¿cómo hubiesen llegado las cosas á ese extremo?

LA REINA. (Estrechando su mano con bondad.)—¡Princesa! Aun no sabéis lo que decís. Reanimaos y serenaos antes, para que, con más calma, me contéis esos detalles, que llenan de horror mi pecho. ¿Qué sabéis? ¿Qué ha sucedido?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡Oh! No tengáis conmigo ese abandono sublime, esa bondad. Las llamas del infierno abrasan ya mi conciencia. Yo no soy digna de manchar vuestra gloria con mis miradas profanas. Aplastad á la miserable, que se arrastra á vuestros pies, destrozada por el remordimiento, por la vergüenza y por su propio desprecio.

LA REINA.—¡Infeliz! ¿Qué tenéis que confesarme?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡Ángel de la luz! ¡Alma pura! No conocéis, no imagináis siquiera que yo sea el espíritu infernal, á quien sobreis tan benévola... ¡Aprended hoy á conocerlo! Yo... yo he sido el ladrón que os ha robado...

LA REINA.—¿Vos?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Y que entregó al Rey aquella carta.

LA REINA.—¿Vos?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Que he osado acusaros...

LA REINA.—Vos... vos podáis...

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Vergüenza... amor... locura... Os aborrecía y amaba al Infante...

LA REINA.—Y porque lo amabais...

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Porque se lo confesé, y no fui correspondida.

LA REINA. (Después de una pausa.)—¡Oh! ¡Ahora lo entiendo todo!... ¡Levantaos!... Lo amabais... ya he perdonado... todo se plividó... ¡Levantaos! (Le da la mano.)

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡No, no! ¡Queda todavía una confesión horrible! No antes, gran Reina, que...

LA REINA. (Con atención.)—¿Qué más viene? ¡Hablad!...

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—El Rey... una seducción... ¡Oh! ¡apartáis los ojos...! leo la reprobación en vuestras facciones... el crimen, de que yo os acusaba... lo he cometido yo misma. (Aprieta contra el suelo su rostro inflamado. La Reina se va. Silencio duradero. La Duquesa de Olivares sale del gabinete, en donde ha entrado la Reina, después de algunos minutos, y encuentra á la Princesa en la misma postura. Aproximase á ella callada; al ruido de sus pasos levanta la cabeza, se pone en pie y parece que pierde la razón, no viendo á la Reina.)

ESCENA XX.

LA PRINCESA DE ÉBOLI Y LA DUQUESA DE OLIVARES.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡Me ha abandonado, Dios mío! ¡Todo se acabó!

LA DUQUESA DE OLIVARES. (Acercándose á ella.)—¡Princesa de Éboli!...

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Ya sé á lo que venís, Duquesa. La Reina os envía para que me anunciéis mi sentencia... ¡Pronto!

LA DUQUESA DE OLIVARES.—Su Majestad me ha ordenado que me entreguéis vuestra llave y vuestra cruz...

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Quitándose del pecho una cruz de oro, y entregándola á la Duquesa.)—¿Me será permitido besar una sola vez la mano de la mejor de las Reinas?

LA DUQUESA DE OLIVARES.—Os dirán en el convento de Santa María lo que se resuelva acerca de vuestra suerte.

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Llorando.)—¿No veré más á la Reina?

LA DUQUESA DE OLIVARES. (Que la abraza, apartando su rostro.)—¡Que seáis feliz! (Vase apresuradamente. La Princesa la sigue hasta la puerta del gabinete, que se cierra al pasar la Duquesa. Quédase algunos minutos muda e inmóvil, arrodillada delante de la puerta; después se levanta y desaparece rápidamente, velado el rostro.)

ESCENA XXI.

LA REINA Y EL MARQUÉS DE POSA.

LA REINA.—¿Al fin, Marqués? ¡Fortuna que llegáis!

EL MARQUÉS. (Pálido, con las facciones descompuestas, su voz trémula, y profundamente conmovido durante toda esta escena.)—¿Está sola V. M.? ¿Nadie podrá escucharnos desde la habitación inmediata?

LA REINA.—Nadie... ¿Por qué? ¿A qué venís? (Mirándolo más atentamente y retrocediendo asustada.)—¿Y cómo tan demudado? ¿Qué significa esto? Me hacéis temblar, Marqués... vuestro rostro parece el de un difunto.

EL MARQUÉS.—Probablemente sabéis ya...

LA REINA.—Que Carlos ha sido preso... y por vos, según se añade... ¿Es, pues, verdad? A nadie quería dar crédito sino á vos.

EL MARQUÉS.—¿Es verdad!

LA REINA.—¿Por vos?

EL MARQUÉS.—¿Por mí!

LA REINA. (Contemplándolo con aire de duda.)—Respeto vuestra conducta, aunque no la comprendo... Esta vez, sin embargo, perdonaréis á la ansiedad de la mujer... Temo que vuestro juego sea expuesto.

EL MARQUÉS.—Ahora he perdido.

LA REINA.—¡Dios del cielo!

EL MARQUÉS.—Estad tranquila por completo, señora. De él se ha cuidado; pero yo me he perdido.

LA REINA.—¿Qué será lo que voy á saber, Dios mío?

EL MARQUÉS.—¿Quién, quién me ordenaba arriesgarlo todo á una sola jugada? ¿Quién aventurarlo todo? ¿Quién jugar con el cielo tan temeraria, tan confiadamente? ¿Quién es el hombre que osa dirigir el difícil timón del azar, á no saberlo todo? ¡Oh! ¡Es justo!... Pero ¿por qué hablar ahora de mí? El momento es precioso, como la vida de un hombre. ¿Quién sabe si la mano avara del Juez Supremo no cuenta en este instante los últimos momentos de mi existencia?

LA REINA.—¿La mano del Juez?... ¿Qué tono tan solemne! Aunque no comprendo lo que esas frases significan, sin embargo, no me horrorizan menos.

EL MARQUÉS.—Él está en salvo! El precio ¿qué importa? No obstante, sólo por hoy. Pocos minutos le quedan. Que sepa aprovecharlos. Ha de abandonar á Madrid esta misma noche.

LA REINA.—¿Esta misma noche?

EL MARQUÉS.—Todo está preparado para ello. Los caballos de posta le aguardan en el mismo claustro de Cartujos, en donde largo tiempo ha encontrado un asilo nuestra amistad. Aquí, en letras de cambio, existe cuanto me ha dado la fortuna en este mundo. Añadid algo á ello, si algo falta. A la verdad, todavía quedan en mi corazón ciertas cosas para mi amigo Carlos, ciertas cosas que debiera saber; pero no dispondré de tiempo bastante para dárselas á conocer personalmente. V. M. le hablará esta noche, y he aquí el objeto de mi visita...

LA REINA.—Por mi propia tranquilidad, oh Marqués, explicáos con más claridad... no con enigmas tan temerosos... ¿Qué ha sucedido?

EL MARQUÉS.—Todavía he de hacer una confesión importante, y depositarla en V. M. He gozado un placer, permitido á pocos hombres; he sido el amigo del hijo de un Rey... Mi amistad, consagrada á uno solo; abrazaba al mundo entero... En el alma de mi amigo Carlos creaba yo un paraíso para millones de hombres... ¡Oh! ¡Dorados eran mis sueños!... Pero ha dispuesto la Providencia arrebatarme antes de tiempo de mis paisajes encantados. Pronto habrá perdido á su Rodrigo, y al amigo sustituirá otro objeto amado. Aquí, aquí... aquí... en esta ara sacrosanta, en el corazón de su Reina, deposito yo mi último y más rico legado, y aquí encontrará cuando yo no exista... (Se vuelve, y las lágrimas ahogan su voz.)

LA REINA.—Ese es el lenguaje de un moribundo. Espero todavía que sea sólo efecto de vuestra pasión del momento... Si no, ¿qué significan esas palabras?

EL MARQUÉS. (Que intenta serenarse, y prosigue con más firmeza.)—Decid al Príncipe que recuerde el juramento hecho por nosotros sobre la hostia consagrada, en nuestros tiempos de entusiasmo. Yo he sido fiel al mismo, he sido fiel hasta la muerte... ahora le toca serlo también como yo.

LA REINA.—¿Hasta la muerte?

EL MARQUÉS.—¿Que lo cumpla!... ¡Oh! ¡Decidse así! Ese sueño es una verdad; ese sueño atrevido de un estado nuevo, esa creación divina de la amistad. Que ponga la primera mano en esta piedra tosea; que la lleve á cabo, ó perezca en la demanda ¡es lo mismo! que ponga en ella su mano. Los siglos pasarán, y la Providencia reproducirá otro hijo de Rey como él, y lo sentará sobre el trono, é inspirará iguales deseos en un nuevo favorito. Decidle que, cuando sea hombre, acaricie también los sueños de su juventud, y que no abra el cáliz de esa flor divina al gusano roedor de la razón, tan alabada... y que no se deje extrañar, cuando la supuesta sabiduría, hija del polvo, ca-

lumnie á la inspiración, hija del cielo. Antes se lo he dicho...

LA REINA.—¿Cómo, Marqués? ¿Con qué objeto?...

EL MARQUÉS.—Y añadidle que yo deposito en su corazón el germen de la felicidad humana; que, moribundo, lo exijo de él... ¡lo exijo! y con sobrados títulos para hacerlo. Hubiera dependido de mí el traer nuevos días á este Imperio. El Rey me confiaba su corazón. Llamábame su hijo... Yo estoy encargado de su sello, y su Duque de Alba no existe ya para él. (Se detiene, y mira á la Reina en silencio algunos instantes.) ¡Llora V. M.? ¿Conozco lo que significan esas lágrimas. alma noble! La alegría las hace correr. Sin embargo, ya eso pasó... ya pasó. O Carlos, ó yo. La elección había de ser rápida y temible. Uno de los dos había de sucumbir, y yo he preferido ser ese uno... lo he acordado así... y no me preguntéis más.

LA REINA.—Ahora, ahora al fin comienzo á comprenderos... Desdichado, ¿qué habéis hecho?

EL MARQUÉS.—He dado dos horas escasas de la noche por ganar un día sereno del estío. Abandono al Rey. ¿En qué puedo servirlo?... Ninguna rosa florece para mí en esta tierra helada. Los destinos de Europa prosperan en el pecho de mi noble amigo. Le lego España... Que hasta entonces destile sangre bajo el cetro de Felipe... Pero ¡ay de él y ay de mí, si yo debiera arrepentirme, si yo hubiera elegido lo peor!... ¡No, no! yo conozco á mi amigo Carlos... esto nunca sucederá... y V. M., oh Reina mía, sois mi fiador. (Después de una pausa.) Yo he sido testigo, sí; yo he sido testigo de ese amor, de esa pasión desdichada, que ha echado raíces en su corazón. Entonces podía yo combatirla. Yo fomenté ese amor, no funesto entonces, á mi juicio. El mundo puede pensar de otra manera. No me arrepiento. Mi conciencia no me acusa. Vi la vida en donde el mundo veía la muerte... en esa llama sin esperanza sor-

prendí desde el principio el rayo brillante de lo porvenir. Yo quería llevarlo á la perfección, sublimarlo hasta el goce de lo bello y de lo grande; la humanidad me rehusaba una imagen, la lengua palabras... impulsélo hacia este lado... y todo mi afán era hacerle comprender su amor.

LA REINA.—Vuestro amigo, oh Marqués, os llenaba tanto, que por él me olvidáis. ¿Crefais, en verdad, que me veía tan al abrigo de las debilidades de mi sexo, que intentabais convertirme en ángel de su guarda, y dar armas á su virtud? No reflexionabais, sin duda, lo arriesgado que es para nuestro corazón ennoblecer un afecto, atribuyéndole nombre tan ilustre.

EL MARQUÉS.—Para todas las mujeres, excepto para una. Sólo para una, yo lo juro. ¿Os avergonzaríais acaso de sentir el deseo generoso de inspirar virtudes heroicas? ¿Qué importa al Rey D. Felipe que su Transfiguración en el Escorial inflame con magnánimo entusiasmo al pintor que la contempla? La suave armonía, que duerme en las cuerdas de la lira, ¿pertenece á quien la ha comprado y la conserva, siendo sordo? Ha adquirido el derecho de hacerla pedazos, no el arte de evocar de ella sonidos argentinos, y acompañar al deleitoso canto. La verdad existe para el sabio, y la belleza para el corazón capaz de percibirla. Ambas son hermanas, y viven una para otra. Ninguna preocupación cobarde desvanecerá mi fe en esta materia. Prometedme amarle eternamente, no dejáros arrastrar á una abnegación pueril por miedo á los hombres, por un falso heroísmo; amarle siempre invariablemente. ¿Me lo prometéis?... ¿Me lo prometéis, señora, dándome vuestra mano?

LA REINA.—Os prometo que mi corazón será siempre solo y perpetuo juez de mi amor.

EL MARQUÉS. (Retirando su mano. — Ahora muero ya

tranquilo... mi tarea ha terminado. (Saluda á la Reina y hace ademán de irse.)

LA REINA. (Que lo sigue en silencio con los ojos.)— Os vais, Marqués, sin decirme... si nosotros... nos volveremos á ver... pronto.

EL MARQUÉS. (Que se vuelve sin mirarla.)— ¡Ciertamente! Nos veremos otra vez.

LA REINA.— Os entiendo... Os entiendo bien... ¿Por qué habéis obrado así conmigo?

EL MARQUÉS.— ¡O él, ó yo!

LA REINA.— ¡No, no! Os habéis decidido precipitadamente á esa acción, que llamáis sublime. No lo neguéis. Os conozco; largo tiempo hace era vuestro único deseo... Que corazones á millares se desgarran ¿qué os importa, si queda satisfecho vuestro orgullo?... ¡Oh! Ahora, ahora es cuando aprendo á conoceros... ¡Vuestro afán era ser admirado!

EL MARQUÉS. (Sorprendido y aparte.) No; no esperaba oír estas palabras...

LA REINA. (Después de una pausa.)— ¿No hay medio alguno de salvación?

EL MARQUÉS.— Ninguno.

LA REINA.— ¿Ninguno? Reflexionadlo bien. ¿Ninguno es posible? ¿Ni aun por mi parte?

EL MARQUÉS.— Ni por intervención de V. M.

LA REINA.— Sólo á medias me conocéis... Yo tengo valor.

EL MARQUÉS.— Lo sé.

LA REINA.— ¿Y no hay esperanza de salvación?

EL MARQUÉS.— Ninguna.

LA REINA. (Que lo deja ocultándose el rostro.)— ¡Andad con Dios! A ningún otro hombre estimaré.

EL MARQUÉS. (De rodillas ante ella muy conmovido.)— ¡Oh Reina! ¡Oh Dios! La vida, sin embargo, es algo bello, (Se levanta y se va apresuradamente, y la Reina entra en su gabinete.)

ESCENA XXII.

La antecámara del Rey.

EL DUQUE DE ALBA y EL PADRE DOMINGO van y vienen en silencio. EL CONDE DE LERMA sale del gabinete del REY, y en seguida entra DON RAIMUNDO DE TAXIS.

EL CONDE.— ¿No se ha visto aún al Marqués?

EL DUQUE.— Todavía no. (El Conde hace ademán de irse.)

DON RAIMUNDO. (Adelantándose.)— Anunciad mi llegada, Conde de Lerma.

EL CONDE.— El Rey no recibe á nadie.

DON RAIMUNDO.— Decidle que necesito hablarle... Importa mucho á S. M. Daos prisa. No conviene perder un instante. (El Conde entra en el gabinete.)

EL DUQUE. (Acercándose á D. Raimundo.)— Aprended á tener paciencia, querido Taxis. No hablareis al Rey...

DON RAIMUNDO.— ¿Que no? ¿Por qué?

EL DUQUE.— Hubierais debido antes pedir permiso al caballero de Posa, que tiene prisioneros al padre y al hijo.

DON RAIMUNDO.— ¿Posa? ¿Cómo? ¡El mismo! Es el mismo, de cuya mano he recibido esta carta...

EL DUQUE.— ¿Una carta? ¿Qué carta?

DON RAIMUNDO.— Que debía yo remitir á Bruselas...

EL DUQUE. (Con mucha atención.)— ¿A Bruselas?

DON RAIMUNDO.— Y que traigo al Rey...

EL DUQUE.— ¿A Bruselas? ¿Habeis oído, padre Capellán? ¿A Bruselas?

EL PADRE DOMINGO. (Aproximándose.)— Esto es muy sospechoso.

DON RAIMUNDO.—¡Y con cuánto ahinco, con cuánta confusión me la ha recomendado!

EL PADRE DOMINGO.—¿Con ahinco, decís?

EL DUQUE.—¿Para quién es el sobrescrito?

DON RAIMUNDO.—Para los Príncipes de Nasau y de Orange.

EL DUQUE.—¿Para Guillermo? Padre Capellán, una traición.

EL PADRE DOMINGO.—¿Y qué otra cosa puede ser?... Sí, hay que entregar al Rey esa carta. ¡Cuánto es vuestro mérito, digno caballero, en mostraros tan severo en el ejercicio de vuestro cargo!

DON RAIMUNDO.—¡Reverendo Padre! ¡Sólo cumplo mi deber!

EL CONDE. (Saliendo del gabinete, al superintendente de correos.) El Rey quiere hablaros. (Entra Don Raimundo en el gabinete.) ¿Aún no ha parecido el Marqués?

EL PADRE DOMINGO.—Por todas partes se le busca.

EL DUQUE.—¡Cosa extraña y rara! El Príncipe prisionero de Estado, y el mismo Rey no sabe por qué.

EL PADRE DOMINGO.—¿Todavía no ha venido á darte cuenta?

EL DUQUE.—¿Cómo ha tomado el Rey la cosa?

EL CONDE.—No ha dicho una sola palabra. (Oyese ruido en el gabinete.)

EL DUQUE.—¿Qué es eso? ¡Callaos!

DON RAIMUNDO. (Desde el gabinete.)— ¡Conde de Lerma! (Entran ambos.)

EL DUQUE. (Al Padre Domingo.)—¿Qué sucede?

EL PADRE DOMINGO.—Este acento de horror... esa carta detenida... nada bueno indican, Duque.

EL DUQUE.—¡Manda llamar á Lerma! Y sin embargo, debe saber que vos y yo estamos en la antecámara.

EL PADRE DOMINGO.—¿No soy yo acaso el mismo, ante

quien se abrían todas las puertas? ¡Qué mudanza tan radical en todo!... ¡qué vuelta tan...

EL PADRE DOMINGO. (Que se acerca de puntillas á la puerta, y se queda en acecho.) ¡Escuchemos!

EL DUQUE. (Después de una pausa.)—¡Reina mortal silencio! Se os oye respirar.

EL PADRE DOMINGO.—Los tapices dobles amortiguan el sonido.

EL DUQUE.—¡Fuera, que vienen!

EL PADRE DOMINGO. (Separándose de la puerta.)—Sufro una emoción solemne, inquieta, como si de este momento dependiera un acuerdo importantísimo de la suerte.

ESCENA XXIII.

LOS MISMOS Y EL PRÍNCIPE DE PARMA, EL DUQUE DE FERIA Y EL DE MEDINA-SIDONIA, con algunos otros Grandes.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—¿Se puede hablar al Rey?

EL DUQUE DE ALBA.—No.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—¿Que no? ¿Quién está con él?

EL DUQUE DE FERIA.—Sin duda el Marqués de Posa.

EL DUQUE DE ALBA.—Se le aguarda en este momento.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—Llegamos ahora mismo de Zaragoza. Todo Madrid está horrorizado... ¿Es verdad...?

EL PADRE DOMINGO.—Sí lo es, desgraciadamente.

EL DUQUE DE FERIA.—¿Es positivo que lo ha preso el caballero de Mal'a?

EL DUQUE DE ALBA.—Lo es.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

EL DUQUE DE ALBA.—Todos ignoran la causa, excepto S. M. y el Marqués de Posa.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—¿Sin convocar las Cortes del Reino?

EL DUQUE DE FERIA.—¡Ay del que ha tomado parte en este crimen de estado!

EL DUQUE DE ALBA.—¡Ay de él! Lo mismo digo yo.

EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.—Y yo también.

LOS DEMÁS GRANDES.—Y todos nosotros.

EL DUQUE DE ALBA.—¿Quién me sigue al gabinete?... Voy a echarme á los pies del Rey.

EL CONDE DE LERMA. (Saliendo del gabinete.)—¡Duque de Alba!

EL PADRE DOMINGO.—Al fin... ¡Alabado sea Dios! (El Duque de Alba entra apresuradamente.)

EL CONDE DE LERMA. (Sin aliento, muy agitado.)—Si viene el caballero de Malta, el Rey no está solo ahora, y lo llamará...

EL PADRE DOMINGO. (A Lerma, mientras los demás se reúnen alrededor, llenos de la más viva curiosidad.)—Conde, ¿qué ha sucedido? Estáis pálido como un cadáver.

EL CONDE DE LERMA. (Haciendo ademán de irse.)—Es una trama infernal.

EL PRÍNCIPE DE PARMA Y EL DUQUE DE FERIA.—¿Qué, pues? ¿Qué hay?

EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.—¿Qué hace el Rey?

EL PADRE DOMINGO.—¿Diabólico? ¿Qué, pues?

EL CONDE DE LERMA.—El Rey ha llorado.

EL PADRE DOMINGO.—¿Llorado?

TODOS. (Estupefactos.)—¿Que el Rey ha llorado? (Se oye llamar en el gabinete. El Conde de Lerma entra.)

EL PADRE DOMINGO. (Queriendo detenerle.)—Conde, una palabra... Perdonad... ¡Se fué! El horror nos tiene paralizados.

ESCENA XXIV.

LA PRINCESA DE ÉBOLI; FERIA, MEDINA-SIDONIA,
EL PADRE DOMINGO y los demás Grandes.

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Fuera de sí, con la mayor ansiedad.)—¿En dónde está el Rey? ¿En dónde? Necesito hablarle. (A FERIA.) Llevadme á ver al Rey, Duque.

EL DUQUE DE FERIA.—El Rey está ocupado en gravísimos negocios. Nadie puede verlo.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¿Ha firmado ya la terrible sentencia? Está engañado. Yo le probaré que se equivoca.

EL PADRE DOMINGO. (Que le hace desde lejos una señal expresiva.)—¡Princesa de Éboli!

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Acercándose á él.)—¿Aquí vos también, reverendo Padre? ¡Bien! Necesito justamente de vuestra ayuda. ¡Me apoyaréis! (Coge su mano y quiere llevárselo al gabinete.)

EL PADRE DOMINGO.—¿Yo?... ¿Estáis en vuestro juicio, Princesa?

EL DUQUE DE FERIA.—¡Quedaos! El Rey no os oirá ahora.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Es menester que me oiga. ¿Es cierto que debe oirme?... ¿No es verdad? Aunque fuese Dios diez veces.

EL PADRE DOMINGO.—¡Fuera, fuera! Todo lo arriesgáis. Quedaos aquí.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Tiembla, hombre, ante la cólera de tu ídolo. Yo nada tengo que perder. (En el momento de entrar en el gabinete, sale de él el Duque de Alba.)

EL DUQUE DE ALBA. (Con los ojos brillantes y el aire triunfal.)

Corre hacia el Padre Domingo y lo abraza.) Que canten un Te-Deum en todas las iglesias. La victoria es nuestra.

EL PADRE DOMINGO.—¿Nuestra?

EL DUQUE DE ALBA. (Al Padre Domingo y á los demás Grandes.)—Entrad ahora á ver al Rey; ya os lo contaré todo.

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Un aposento en el Palacio real, separado por una verja de hierro de un patio grande, en donde se pasean varios centinelas.

CARLOS sentado delante de una mesa con la cabeza apoyada en un brazo, como si durmiera. En el fondo hay algunos oficiales encerrados con él. El Marqués de Posa entra, sin ser visto por Carlos, y habla en voz baja con los oficiales, que se retiran en seguida. Él se acerca á Carlos y lo observa algunos instantes, en silencio y con tristeza. Al fin hace un movimiento, que lo obliga á volver en sí; se levanta, mira al Marqués, y se queda horrorizado. Después lo mira de nuevo fijamente, y se pasa la mano por los ojos, como si quisiera recordar alguna cosa.

EL MARQUÉS.—Yo soy, Carlos.

CARLOS. (Que le da la mano.)—¿Vienes á buscarme todavía? Esto te honra.

EL MARQUÉS.—Creea que acaso pudieras necesitar á tu amigo.

CARLOS.—¿Verdaderamente? En realidad, ¿opinás así? ¡Mira! Esto me regocija... me regocija más allá de toda ponderación. ¡Ay de mí! Bien sabia yo que tú serías siempre bueno para mí.

EL MARQUÉS.—He merecido que pensaras de este modo.